|  |
| --- |
| **El Lucero** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 07 / 2004 |
| En quinto de primaria, Saky Lemor, un compañero de promoción, y yo, decidimos hacer una revista. Nos tomamos la empresa con toda la seriedad de los 11 años. Él sugirió el nombre e hizo la diagramación. Era muy hábil dibujando historietas que yo veía aparecer bajo su lápiz sin esfuerzo. Editorial, la infaltable columna de chismes promocionales, algunas caricaturas de profesores, un par de artículos y 2 entrevistas.  Estas últimas constituyeron el momento fuerte de nuestra aventura periodística. Pedimos permiso al director del León Pinelo de ese entonces, el Dr. Víctor Rabanal, para poder salir de clases una mañana y someter nuestra lista de preguntas por teléfono a un famoso nadador de la época de apellido Cánepa; y dejar las aulas una tarde para sacar fotos y entrevistar al campeón sudamericano de salto alto Roberto Abugatás. Toda una experiencia: el atleta trataría de romper su propio record en el colegio Leoncio Prado.   En el local escolar se habían reunido admiradores y miembros de la prensa deportiva. Llevábamos una cámara fotográfica para inmortalizar el momento y una libreta de notas para consignar las respuestas de Abugatás. Seguimos emocionados los intentos del campeón por superar sus propios logros. Iniciaba su pique con un doble movimiento que lanzaba su cuerpo hacia atrás y luego lo impulsaba por la pista paralelamente a donde se encontraba su objetivo, que encaraba quebrando el cuerpo súbitamente y saltando de espaldas a la valla. No logró su cometido y luego de 3 intentos nos acercamos hacia donde se encontraba con uno de los extremos de la varilla en las manos.  Hubo un momento de confusión cuando se trató de hacer funcionar las cámaras. Fuimos los primeros en tomar las fotos. Se hicieron comentarios irónicos como “mira, los chiquillos les ganaron”. Hicimos nuestra entrevista con solemnidad e inocencia. Suerte, osadía y ganas de hacer lo que nos habíamos propuesto ayudaron mucho. “El Lucero” nunca vio la luz. En ese sentido fue una experiencia de fracaso y algo de frustración. Sin embargo, nos sirvió como una experiencia de crecimiento y auto conocimiento, porque permitió explorar dimensiones de la realidad, salir al mundo y perfilar inquietudes y habilidades que luego han tenido alguna importancia en el devenir de la vida.  Hoy se presiona excesivamente a los adolescentes para que escojan tempranamente una carrera. Que definan su vocación, decidan lo que van a ser o, en el peor de los casos, lo que van a hacer. Optar rápidamente y, sobre todo, no distraer energías en ocupaciones que no tienen relevancia o no van a generar resultados. Guerra al ocio parecería ser la consigna. De esa manera, la elección ocupacional se diluye en una suerte de matrimonio de emergencia y perdemos la oportunidad de convertirla en una experiencia de crecimiento.   Lo interesante es que el término vocación no corresponde a los significados actuales del ciclo vital ni a las realidades del mercado laboral. Cuando había pocas carreras y oficios, sí se podía hablar del llamado de las inclinaciones más profundas. Con cientos de ofertas y la alta probabilidad de cambios de giro en el curso de la vida, ya no se puede hablar de decisión vocacional sino más bien ocupacional. Y debe ser puesta en un contexto que conjugue variables internas — rasgos de personalidad, habilidades, preferencias— con externas — modas, mercado laboral, expectativas familiares, condiciones de existencia— y auto conocimiento.  Fomentar los pasatiempos, alentar las aventuras, respetar el derecho a la confusión, promover las actividades marginales, puede ser una notable contribución al crecimiento de los jóvenes. Saky es banquero y yo psicólogo. Pero como Abugatás que parecía no enfrentar la valla sino correr paralelamente a ella, nuestra aventura periodística nos sirvió enormemente. Por lo menos a mí, que ahora sí puedo hacer periodismo. |
|  |